EL PAPEL DEL PROFESOR UNIVERSITARIO DEL TERCER MUNDO

Eduardo Latorre

La visión de este trabajo viene a complementar el anterior. Se trata de una conferencia que el Rector ofreció el 11 de septiembre de 1978 a petición del Dr. Leonel Rodríguez, Rector del Instituto de Estudios Superiores. El evento se celebró como parte del programa de desarrollo profesoral que llevaba a cabo dicha institución en aquellos momentos.

Se trata de una refrescante visión de la universidad y el profesor, y sus relaciones con la sociedad en la que viven. Un especial hincapié se hace en términos de la realidad tercer mundista.

En atención a la muy amable solicitud que nos hiciera el distinguido colega y amigo, Doctor Leonel Rodríguez Rib, Rector del Instituto de Estudios Superiores (IES), presentamos ante ustedes algunas ideas sobre el papel del profesor universitario en los países del Tercer Mundo.

Para el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), y para quien habla, ha sido una verdadera honra que se nos invitara a participar con ustedes, brindándonos la oportunidad de ofrecer una pequeña colaboración institucional al programa de fortalecimiento del personal académico que se inicia hoy.

La universidad se compone de muchos y variados sectores institucionales, humanos, físicos y financieros, todos imprescindibles para la realización de su misión en la sociedad, pero es el profesor, la piedra angular de los altos estudios. Pobre de la universidad que considere que el profesor es lo único importante en desmedro de los estudiantes o de las necesidades administrativas. No tardará en pagar muy caro su estrechez de visión; pero, pobre también de la universidad que no tenga absoluta certeza de que lo más vital de la institución es el profesor, pues sus resultados serán necesariamente mediocres.

Dada la ubicación del profesor en una institución específica primero haremos referencia a los objetivos de la universidad, luego nos circunscribiremos al papel del profesor en general, para después relacionarlo con la sociedad concreta, de países como el nuestro, es decir, del Tercer Mundo.

La universidad es una institución rica y versátil, producto de la cultura occidental y esparcida por todos los continentes, nacida en el medioevo al amparo de las catedrales y desarrollándose con los sistemas sociales capitalistas y socialistas. Situada en la cúspide de la educación formal, en la cima del saber, logró incorporar a la formación cultural y moral el entrenamiento científico, profesional y técnico, así como también logró convertirse en centro de documentación, de investigación y divulgación científica y de asistencia técnica, para las más variadas necesidades de la sociedad.

La universidad contemporánea es una institución impresionante en aquellos lugares donde ha podido desarrollarse a plenitud, sirviendo simultáneamente de sostén del orden social establecido y de cuestionadora sistemática de las formas de vida imperante; ya sea directamente mediante sus pronunciamientos oficiales, o indirectamente por los resultados del quehacer académico honesto, que, para serlo, necesariamente tiene que estar fundamentado en la búsqueda de verdad.

En sus siete siglos de existencia, la universidad ha ido adquiriendo cada vez mayor importancia en la medida que el conocimiento va pasando de ser privilegio de unos pocos, para convertirse en una absoluta necesidad social. El desarrollo de la sociedad contemporánea tiene como base el aumento de la capacidad científica y tecnológica que permita al hombre, el dominio y explotación de los recursos físicos y naturales y la racionalización de los procesos sociales, todo lo cual, genera una demanda por mayor conocimiento y por mayor cantidad de variedad de recursos humanos calificados.

La universidad ha respondido adaptándose a los cambios de la sociedad, re-estructurándose internamente, para dar respuestas a la demanda de servicios requeridos en materia de nuevos conocimientos científicos, información tecnológica, nuevas carreras y nuevas formas de interpretar los tradicionales, diferentes niveles y formas de entrenamiento, hasta la capacidad de formarle el "hombre integral" al liberalismo o al socialismo, dependiendo de la naturaleza del régimen político bajo cuyo amparo ha florecido, como por ejemplo ha sucedido en los Estados Unidos y en la Unión Soviética.

Históricamente, la importancia de la universidad ha ido aumentando con el desarrollo de la sociedad industrial, por los valiosos servicios que le ha rendido, pero así mismo ha declinado su independencia por la creciente necesidad de inmensos recursos humanos, físicos y financieros, cuya principal fuente necesariamente ha sido el Estado, inclusive en el liberalismo de los Estados Unidos.

Las románticas ideas del maestro fundando escuela debajo de un árbol, como sucedía en época de los antiguos griegos, o de un grupo de estudiantes libremente contratando los

servicios de un profesor, como ocurría en el Medioevo, quedaron desplazados por la complejidad misma de la sociedad y, en consecuencia, la compleja institucionalización de la universidad. Las altas casas de estudios se han visto en la obligación de redefinir su relación con el rector fundamental de la sociedad moderna, que es el Estado, para lograr hacer posible y más positivo el desempeño de sus funciones para el bien público, lo cual implica la necesidad de mantener muy buenas relaciones con las instituciones privadas y especialmente con las estatales.

En las sociedades avanzadas que mantienen un sector empresarial privado, éste, después del Estado, se ha convertido en el mecenas de los altos estudios, desplazando a las iglesias, o aunando esfuerzos en algunos casos, a cambio de influencia en la dirección de la universidad. Las grandes corporaciones se nutren de los recursos humanos producidos, así como también son los primeros en aprovechar los descubrimientos científicos y tecnológicos, y hacer las consultorías técnicas de lugar en la toma de decisiones. Tanto el Estado Moderno, capitalista o socialista, como los sectores empresariales, tienen mayor interés en la formación de tecnócratas que de hombres cristianos, como era el caso de la iglesia, y a todos, incluyendo a las mismas autoridades universitarias, les espanta la creación de intelectuales por la libre, más dedicados al cuestionamiento, que a la conformidad.

En el caso de los países del Tercer Mundo, la universidad es parte de una herencia colonial; un trasplante Europeo que ha sido más afín al mundo desarrollado, en cualquiera de sus vertientes que a la sociedad de atraso, ignorancia y miseria a la cual pertenece. Esto le ha llevado en ocasiones, a los extremos de tomar una actitud de indiferencia, vinculándose exclusivamente a las minorías modernas, dependientes de un mundo exterior, o, por el otro lado, al exceso de conciencia, pretendiéndose que con el activismo político la universidad resuelva por sí sola los inmensos problemas que aquejan a la sociedad.

El problema fundamental de la universidad del Tercer Mundo, es el de encontrar su propia identidad al servicio de los cambios profundos requeridos por la sociedad que es suya, con los instrumentos propios de una institución

educativa, científica y cultural. A diferencia de los países desarrollados donde la universidad ha respondido a la demanda del progreso de la sociedad, en el Tercer Mundo la universidad tiene que contribuir e inducir una demanda por conocimientos, servicios técnicos y nuevos y diferentes recursos humanos, así como también plantear de manera constante, opciones de futuro para la toma de decisiones particulares o generales de la sociedad.

La labor pública directa de la universidad en países atrasados es inconmensurablemente mayor a lo que fuera, o es, en los países avanzados, tomando como suya la responsabilidad de ser conscientemente un instrumento de progreso, respondiendo a las necesidades específicas de la sociedad con soluciones creativas y adecuadas al medio ambiente. Para estos fines, la universidad del Tercer Mundo debe buscar formas propias de organización, que le permitan una acción eficaz y adecuada, manteniendo un sano equilibrio entre el conocimiento universal y su aplicación particular, así como también, promoviendo el aporte local a la cultura universal, que es de toda la humanidad.

(II)

Esta maravillosa institución que ha sabido florecer en circunstancias tan variadas a través de los tiempos, las culturas y los órdenes sociales, dependen principalmente del profesor para la realización de las tareas educativas, científicas y culturales. Un personal académico conocedor, capaz, dinámico, creador, imaginativo, es la verdadera esencia de la posibilidad universitaria en sus múltiples labores de creación, transmisión y aplicación del conocimiento.

En cualquier lugar a finales del Siglo XX, el papel del universitario es muy exigente, para aquellos que saben asumir la responsabilidad que les corresponde, dependiendo más de la actitud individual donde las instituciones son débiles, o donde existen pocos recursos humanos altamente cualificados, condiciones que han existido en la historia reciente de nuestro país y que esperamos sean cambiados en la próxima década.

Para los propósitos de esta conferencia, hemos distinguido ocho facetas diferentes del papel del profesor universitario: (1) Maestro; (2) Educador; (3) Creador de Conocimientos; (4) Difusor General de los conocimientos y valores; (5) asesor o Consultor; (6) Intelectual; (7) Empleado; y (8) Ciudadano Ejemplar. Estamos conscientes de que son abstracciones y que las fronteras entre facetas son tenues y hasta nebulosas.

La función de maestro, el más clásico de los deberes profesionales, transmite al estudiante un serie de conocimientos en un campo específico del saber. Su deber es enseñar bien, asegurándose un buen entendimiento de la materia en cuestión, pues este conocimiento se supone, que sea un componente del conjunto necesario para el futuro desempeño del egresado, en un área particular o de su vida en general. El buen maestro, a todos los niveles de escolaridad, busca el método más eficaz para transmitir esos conocimientos específicos, procurando el interés del alumnado en aprenderlos.

Pero el maestro universitario no sólo entrena a diferentes niveles técnicos, profesionales y científicos, sino que como todos los maestros, también educa. Posiblemente, más que ninguna otra cosa, el profesor es un educador. Aquí lo que se transmite son valores y actitudes. Algunas, como la formación científica, sirven de apoyo a las actividades de entrenamiento, y otras, como las concepciones morales o ideológicas, sirven más para orientar la vida del educando. El educador contribuye a la formación del hombre, teniendo, como principal deber, contribuir a elevarlo a la realización de su potencialidad como ser humano, y, en segundo lugar, al mejor aprovechamiento de su capacitación como recurso útil de la sociedad.

La época del profesor cuya única responsabilidad era la docencia, quedó atrás con los días en que el conocimiento avanzaba a un ritmo más lento y la tarea universitaria se circunscribía básicamente a la formación de profesionales. La investigación científica es parte de los deberes profesoraes pues uno de sus papeles es el avanzar la ciencia, buscando nuevos conocimientos. Hoy en día, en los países avanzados, las universidades dan mayor preferencia a los investigadores

que a los docentes, pues en nuestra época la capacidad de crear conocimientos, ha adquirido mas valor que la habilidad de transmitirlos.

En parte, esta nueva circunstancia se debe a la dinámica misma de la sociedad, que ha generado gran cantidad de información y medios de difusión dirigidos a una población general mucho más culta, y con una formación educacional que tiende a hacer del educando un ente autogestor, es decir, capaz de aprender por sí mismo. Todo lo cual tiende a reducir la importancia de la simple transmisión del conocimiento que era el fuerte del catedrático tradicional.

Si bien la faceta docente del profesor se ve disminuída, además de investigador, aparece la necesidad de su actuación como difusor del conocimiento, tanto a nivel de unos pocos colegas especialistas, como del público en general. La publicación de artículos y libros profesionales y la exposición en congresos, coloquios y seminarios, es parte intensa de la labor del profesor-científico contemporáneo. También lo es, su exposición a través de los medios de comunicación de masas, para que el conocimiento esté al alcance del hombre común, enriqueciénd así, la vida del pueblo.

Muchas veces son sectores específicos de la sociedad, o instituciones, los que presentan la necesidad de conocimientos especializados de manera específica, para lo cual el profesor debe actuar en su faceta de asesor o consultor, a través de mecanismos desarrollados por la propia universidad o a través de su iniciativa particular. La canalización de la ciencia y de la tecnología en áreas concretas del quehacer de la sociedad, como por ejemplo, la productividad, es parte muy importante de la labor del profesor, especialmente de aquellos que se desempeñan fundamentalmente en las ciencias aplicadas. No nos estamos refiriendo al profesional que también dá clases, sino al profesor permanente que incurre en labores profesionales.

Dejando las facetas del papel del profesor por lo que hace, pasamos a las facetas de lo que el profesor es: un intelectual, un empleado y un hombre público. En su papel de intelectual, el profesor universitario asume la doble responsabilidad de ser crítico y creador, tanto en sus quehaceres específicos como en la sociedad en general.

Como maestro, al igual que como educador, investigador, difusor o consultor, el profesor debe evaluar críticamente el material con el cual está trabajando, determinando su validez y considerando las posibles consecuencias por las labores realizadas. Estar en la cúspide del saber, conlleva una obligación ética para con el resto de la sociedad, la cual deposita en el profesor la confianza del manejo riguroso del conocimiento, tanto en lo científico, como en lo moral. Pero ser crítico y moralista no es suficiente; del intelectual, también se espera que produzca resultados, directa o indirectamente, para el bien del hombre. El poseer conocimientos no tiene como fin la recreación personal y mucho menos el lucro, sino el servicio a la sociedad.

Aunque en muchos casos el profesor llega a ser también miembro de una comunidad universitaria, básicamente éste es un empleado, de una casa de altos estudios, como puede descubrir al vencimiento de un contrato no renovado. En su papel de empleado, debe velar por la buena marcha de la institución y participar de sus múltiples actividades, entre las cuales debe incluir un cuestionamiento sobre los fines y los medios de la universidad en general y los de la universidad en que se encuentra laborando. La institución a su vez, debe de tener mecanismos para la activa participación profesoral, en los destinos de la universidad, que si bien en última instancia se debe a la sociedad, en primera instancia debe de pertenecer a su comunidad intelectual de profesores, estudiantes y egresados.

Por último tenemos la faceta de hombre público, pues las delicadas funciones de un profesor universitario, son del dominio de la sociedad, viéndose éste obligado a desempeñar un papel de ciudadano ejemplar. La conducta del profesor ha de ser intachable, inclusive en su vida privada, pues difícil sería creer en la veracidad de las aseveraciones científicas, de aquellos cuya moral se pone en duda. Asimismo, sus opiniones y posiciones respecto a los problemas que aquejan a la sociedad y sus posibles soluciones, deben ser claras y orientadoras, para merecer el respeto que su posición de sapiente le otorga.

Si bien es responsabilidad individual del profesor uni-

versitario exigirse virtudes para poder desempeñar a plenitud el papel que de él se espera, también es responsabilidad de las instituciones, exigir a su personal académico, la altura debida en el desempeño de sus labores y proveer mecanismos de superación constante, que estimulen la buena voluntad de los que quieren cumplir con su deber, y descalifiquen a los que hacen del profesorado un instrumento exclusivo para sus fines personales. De no entenderse que el papel del profesor es el de avanzar el conocimiento en todas sus fronteras, de promover al hombre a su máxima capacidad, de servirle honesta y generosamente a la sociedad, que los aspirantes busquen otra ocupación con un papel menos exigente.

(III)

En los países del Tercer Mundo, al igual que en sus universidades, el papel del profesor debe de adecuarse a la realidad concreta en que vive, pues sencillamente las condiciones de vida son diferentes. En el Tercer Mundo, la posición del profesor es todavía más privilegiada, rodeado como está de una mayoría inmersa en la ignorancia, por causas ajenas a su voluntad, su papel tiene mayor importancia relativa que la de los colegas en los países capitalistas y socialistas desarrollados.

El profesor se encuentra no sólo en la minoría intelectual, como en todos lugares, sino que también es parte de la minoría socio-económica, pues su remuneración aunque deficiente en la tasa de salarios del mercado, es de absoluto privilegio en comparación con el promedio de ingresos en la sociedad. Sus privilegios le crean deberes mayores, al punto que el ejercicio de profesor universitario profesional, se está convirtiendo en un sacrificio, comparable, con el del que se entrega a una vida de activismo espiritual en la religión o en la política, siendo el profesorado menos atractivo, pues sus recompensas son más limitadas.

Adicionalmente, están las deficiencias de las propias universidades del Tercer Mundo, pocas de las cuales pueden ofrecer al profesor grandes incentivos ideológicos y profesionales, salvo para aquellos más tradicionalistas, que se sienten satisfechos cumpliendo solamente con el papel docente.

Todo lo cual viene a significar que, no solamente por ausencia de recursos financieros, las universidades tienen como mayoría en su personal académico al profesor por asignatura, tan valioso como es en ciertas especialidades que dependen tanto de la práctica profesional, como del avance científico, y solo una minoría con dedicación suficiente para servir a plenitud como maestro, educador, investigador, difusor y consultor.

La universidad del Tercer Mundo necesariamente vive en la escasez, pues no es parte de una sociedad de abundancia, y debe de serle siempre muy difícil justificar el uso de recursos financieros, cuando se vive en lugares donde grandes mayorías de los ciudadanos todavía no han podido satisfacer sus necesidades más perentorias. La universidad es una necesidad del mundo contemporáneo, pero también debe de estar muy clara la validez de los servicios que la institución rinde cuando es solo una de muchas necesidades y quizás no la más importante.

Como el principal problema de los países del Tercer Mundo es el de realizar las transformaciones sociales que le permitan a su población, el pleno disfrute de la vida en sociedad a la altura de finales del Siglo XX, el principal papel del profesor universitario es el contribuir a hacer realidades los cambios fundamentales de esa sociedad, tanto por el celo cuidadoso con que realiza sus labores, como por su comportamiento personal en la comunidad institucional, local y nacional.

En primer lugar, su vocación de verdad debe ir acompañada por un alto grado de sed de justicia, pensando a cada paso no solo en el avance de la ciencia, sino también en el conocimiento adecuado en sociedades atrasadas y empobrecidas por el subdesarrollo y la dependencia. Bien es cierto que, el conocimiento universal es patrimonio de la humanidad, pero también es cierto que el desarrollo espectacular de la ciencia y la tecnología, son producto de sociedades específicas y al servicio de sus creadores, lo cual no quiere decir que automáticamente, en forma indiscriminada, pasen a ser un bien para los ciudadanos del Tercer Mundo.

El primer paso es el de romper la dependencia intelectual,

reconociendo lo valedero y universal, pero seleccionando con cuidado lo que es parcial, lo que solamente es válido en determinadas circunstancias de la vida social. El otro paso, es el de canalizar las energías en la creación de conocimientos útiles, para acelerar el progreso de las sociedades que se encuentran rezagadas. Es decir, el profesor universitario debe ser un intelectual del Tercer Mundo, consciente y responsable.

Las labores de maestro en un área específica del saber, deben adecuarse a una población que por lo regular llega mal preparada a la universidad, para exigirles más. El material debe ser cautelosamente revisado y a conciencia determinar si es lo propio para sociedades subdesarrolladas, pues se puede estar muy desubicado. No digamos de la revisión general que debe hacer la universidad sobre los recursos humanos que está preparando, si en verdad son para la sociedad en que viven.

El educador debe de educar para el cambio. Debe de procurar una formación que le permita al educando una rápida comprensión de situaciones diferentes y flexibilidad suficiente, para responder autónoma y positivamente. También lograr del educando una conciencia clara de sus servicios a la sociedad en que la mayor parte de las veces se verá en la obligación de resolver problemas, con recursos insuficientes.

El investigador para el cambio debe de dirigir sus esfuerzos a lo que es útil a un plazo no muy largo y preferiblemente en aquellas áreas directamente vinculadas a la producción y el entendimiento de la realidad social dinámica de que se es parte. La investigación básica, y particularmente aquella que requiere grandes laboratorios y equipamientos, tendría que realizarse en los países avanzados, que puedan disponer de recursos, acentuándose de esta manera la dependencia científica y tecnológica, hasta que haya una mejor distribución del conocimiento para la humanidad.

El papel de difusor de conocimientos cobra un cariz de mayor importancia cuando se piensa que las transformaciones sociales dependen en gran medida de la capacidad del pueblo en asimilar nuevos conocimientos para hacer las cosas de manera diferente. El papel de educador masivo, fomentando la

comprensión y difundiendo toda clase de conocimientos, desde la higiene personal a las nuevas técnicas de la siembra de arroz, le abre al profesor las puertas de un potencial imaginativo y creador como nunca había tenido.

En el aspecto de aplicador de concimientos, la asesoría o consultoría, su capacidad de acción es muy extensa, dado el hecho, de que este profesor universitario normalmente, es un recurso humano, muy escaso. Tan limitado es, que difícilmente labore a tiempo completo en la universidad, no necesitando de la misma para su actividad profesional, a menos que la institución haya diseñado mecanismos especiales para el caso.

Como miembro y empleado de la universidad, el profesor tiene el deber de velar porque ésta responda a los requisitos generales del gran desarrollo, siendo evidentemente más firme, en unas áreas, que en otras. Lo mismo en su condición de ciudadano, que le obliga a tomar posturas conscientes en los debates sobre los fines y los medios de la sociedad, debiendo tener la madurez para saber en qué se puede ceder, y en qué no hay más remedio que actuar.

El entusiasmo del profesor por el cumplimiento del deber como promotor del cambio social, no debe nublar el compromiso del científico con la verdad. Las tareas universitarias deben ser realizadas con todo rigor, cuidándose el profesor de transigir acomodaticiamente con grupos interesados en promover desde un producto comercial, a una parcela política, pues si se parcializa, no podrá mantener la autoridad moral que la ciencia otorga, derrumbando la potencialidad de su labor creadora.

La condición de Tercer Mundo es transitoria, mientras que la búsqueda de verdad para el servicio del hombre, es permanente. Por lo que abogamos es, por el uso del conocimiento de manera deliberada y consciente en favor de las grandes mayorías que componen la humanidad, hoy localizadas en Africa, Asia y América Latina, injustamente discriminadas del progreso mundial y sometidas aún, a formas de vida inhumanas. Una vez superadas estas condiciones, que esperamos así sea en el Siglo XXI, el papel del profesor uni-

versitario deberá entonces ser definido en función de una comunidad mundial, con sus propias necesidades, aspiraciones y problemas.

La naturaleza del papel del profesor universitario de todos los tiempos, es de servir al hombre a través de las labores que con el conocimiento realiza. Lo que cambian son las funciones específicas en virtud de las diferentes circunstancias que han venido conformando el desarrollo histórico de la humanidad. El problema del profesor es que tenga conciencia de la realidad en que está inmerso, de modo tal, que su dedicación de vida y sus esfuerzos sean los más útiles para satisfacer las necesidades de la sociedad de que es parte.